



PUNDALIK

Por Ada Albrecht

La maravillosa religión hindú, da a todos los seres humanos la inefable posibilidad de transmutar sus vidas mundanas en las purísimas Sendas donde las flores de la Mística abren sus corolas. Tal, por ejemplo, el caso de Pundalik, un gran pecador, como San Agustín cristiano, regenerado luego, y convertido en ejemplo máximo de pureza y rectitud.

Pundalik es un santo profundamente amado en Maharashtra, un territorio de India de larga fama por sus Templos, y como decimos, por sus santos, de cuya hueste Pundalik forma parte.

Amante de los juegos de azar en su juventud, dilapidaba sin ton ni son la fortuna de sus padres, y como si esto fuera poco, no demostraba la menor consideración hacia sus progenitores, haciéndoles blanco de insultos y malos tratos continuamente.

Cansados y profundamente entristecidos por este hijo, cuya conducta era la vergüenza de sus vidas, la pareja de anciana-

nos decidió alejarse de su hogar y peregrinar hasta Kashi, un centro sagrado, a fin de buscar consuelo en los *Devas* por la amargura que les llenaba el corazón.

Enterado Pundalik de la ausencia de sus padres, hizo poco caso de ello, pensando que sus conocidos le seguirían entregando todo el dinero que pidiera... Tarde comprendió que ello no sería así. Estos, ni bien supieron que la pareja de nobles ancianos ya no se encontraba en la ciudad, no tuvieron para Pundalik sino palabras de recriminaciones por su mal comportamiento, y, por supuesto, no le entregaron ni una sola rupia.

Acudió entonces Pundalik a sus amigos, pero éstos, como los primeros, dábanle vuelta el rostro, pues el desdichado y equivocado joven nada poseía de valor; era un don nadie, empobrecido, y, ahora, profundamente arrepentido del mal que causara a sus progenitores.

—Mis padres —se dijo—, fueron los únicos que realmente me amaron. Los demás, sólo mientras poseía dinero para dilapidarlo en fiestas y juegos, mas, cuando me quedé sin ellos, del resto sólo conocí la espalda... ¡Qué gran equivocación he cometido! Y ahora... ¿qué podré hacer?

Dolorido espiritualmente, tambaleando por los caminos, presa del más profundo arrepentimiento, y sin saber qué hacer, decidió, por fin, correr en pos de sus padres, y marchar

hacia Kashi para pedirles perdón por todas sus faltas y cuidarlos y protegerlos el resto de su vida.

Pernoctó en su marcha, cierta vez, en el claro de un bosque, donde tuvo lugar un milagro; en efecto, vio llegar hasta la choza de un santo, que moraba en los alrededores, a tres damas oscurísimas, cuya piel parecía la imagen de la misma noche. Estas, ni bien estuvieron en el *Kutir* —esto es, la morada del santo—, se pusieron a asearlo con escobas, paños y todo cuanto hallaban a su paso. Una de ellas fue hasta un pozo cercano en busca de agua; la otra, sacó malezas, cortó la hierba que crecía afeando la humilde casa; y la tercera, escoba en mano, llevóse lejos el polvo de caminos y morada. A medida que iban realizando dichas tareas... ¡oh milagro!, la piel de sus cuerpos íbase tornando más y más blanca, hasta que toda oscuridad desapareció de ellas...

Intrigado por lo que presenciara, Pundalik se acercó a ellas para preguntar quienes eran, mas estas, al verlo, retrocedieron espantadas, como si se hallaran frente al más grande criminal.

—¡Aléjate de nosotras! —dijeron a coro—. ¡Vete lejos, oh pecador entre pecadores! Has destruido la vida de tus padres, has dilapidado su fortuna, los desconociste y heriste como el hijo diabólico que eres... ¡No queremos verte ante nosotras! ¡Largo de aquí!

Pundalik cayó de rodillas ante las damas, llorando desconsoladamente, completamente arrepentido por el mal que causara.

Movidas por la compasión, las tres extrañas damas le dijeron:

—Somos el alma de los tres ríos sagrados de India: el Yamuna, el Ganges y el Sarasvati. Todos los días se sumergen en nuestras aguas innumerables pecadores que buscan purificarse realizando ritos y ofrendas a los *Devas*. Cuando finaliza el día, nos hallamos tan maculadas, tan tristes, y con tanta carga de males, que nos tornamos oscuras. De ello nos libera el estar aquí. Esta es la choza del Sabio Kukkut; aseándola con esmero, y cuidando de la morada del Sabio, nosotras nos tornamos nuevamente blancas. Ya sabes, pues, quiénes somos, y qué hacemos aquí.

—Por favor —dijo entonces Pundalik—, escúchenme. He sido cruel, y he tratado mal a mis padres; pero de todo eso estoy profundamente arrepentido. ¡Les ruego por el amor de Dios, me digan cómo y qué debo hacer para que mi conciencia reconquiste la paz perdida!

—Bien —dijeron las almas de los tres ríos—; deberás permanecer aquí, hasta que el santo Kukkut salga de su trance, pues ahora se halla en meditación. Cuando despierte, pídele

consejos y él, que de todos tiene conmiseración, te orientará sobre lo que debas hacer.

Siguió Pundalik este consejo al pie de la letra, y luego de salir del estado de profunda meditación en el cual se hallaba, el santo le dijo lo siguiente:

—Corre a Kashi. Tus padres están en camino todavía, pues siendo ancianos, se mueven lentamente. Pídeles perdón por tu vida pecadora, y dedícate a servirlos y cuidarlos desde ahora y para siempre, como si fueran Dios sobre la Tierra para ti...

Volando más que andando, en alas de una nueva esperanza espiritual, anduvo Pundalik por varios días, hasta que por fin divisó a sus padres y llegó hasta ellos. Cayendo a sus pies y abrazando a ambos, les prometió que todo sería diferente a partir de ese momento.

Y así fue. El servicio a sus padres fue su religión, y a tal punto lo hacía, que su mente impura alcanzó, con el paso de los años, la inmaculada esencia del más fino cristal: el mismo sol podía reflejarse en ella sin que la menor mácula detuviera sus rayos. Luego, desde Kashi, decidieron marchar hacia Pandharpura, lugar en el cual, Pundalik, con todo esmero, construyó una humilde casa para ellos, a la cual no le faltó ningún elemento necesario para el confort de los dos ancianos.

Cuando no se hallaba sirviéndolos, leía los Libros Sagrados, y trataba de comprender el maravilloso Mundo Celestial, donde moran los *Devas* y las almas virtuosas.

Tan recto y tan bueno era, tan grande había sido su metamorfosis, que todos en el lugar lo conocían como el mejor de los hijos, el alma de mayor santidad de los contornos, el amigo de todos, el dulce y abnegado Pundalik.

Su *Deva* más amado era Krishna, en quien meditaba constantemente, y por quien sentía profundísima devoción.

Y... como el Amor o *Bhavana* atrae inexorablemente al *Deva* sobre quien se derraman las mieles del corazón, el Divino Señor Krishna mismo se presentó ante Pundalik un día y le dijo:

—¡Oh Pundalik!, veo que te has transformado en el mejor de los hijos, y veo también con sumo agrado que eres uno de Mis grandes devotos. ¿Qué don puedo ofrecerte?

Pundalik, que se hallaba frotando los miembros de su anciano padre, dijo entonces al Señor:

—Estoy ahora sirviendo a mi padre, y ni aún por Tu visita puedo dejar la tarea que estoy realizando. Pongo a Tus pies este ladrillo, que es el único asiento que puedo ofrecerte, tan pobre como soy.

—Y... ¿qué quieres que haga con él? —preguntó Krishna sonriente, Krishna, que es la imagen misma de la consideración y de la alegría.

—Lo que deseo —dijo entonces Pundalik, trémulo de emoción, de amor, de devoción por su *Deva* bienamado— ...lo que deseo es que nunca, pero nunca, te alejes de aquí, lo que anhe-lo es que te quedes para siempre, que te pueda ver siempre como te veo ahora, mi Señor adorado, para que me bendigas día a día con Tu dulce imagen, y pueda yo, a través de ella, ser más bueno y mejor cada día...

Y Krishna le respondió, sin dejar de sonreír:

—¡Así será, Pundalik! Nunca, pero nunca, me iré de este sitio, y tú podrás verme siempre.

Luego, como magia divina, como milagro del Cielo, la figura de Krishna se convirtió en piedra, sobre el ladrillo que le fuera ofrecido como asiento.

Si pudiéramos en este precioso instante, viajar a India, veríamos un hermosísimo Templo, construido a orillas del río Chandrabhaga, en la ciudad de Pandharpura, y en él, la imagen de Vithoba, o Vishnu, o Krishna, la vieja imagen de piedra que Pundalik viera el lejano día en que fuera visitado por su *Deva*. Este es sitio de peregrinaciones constantes en India, lugar en el cual todos bendicen el que haya morado en él aquel

hijo que fuera un agravio para sus padres, y que por piedad y misericordia divinas, se transformara en un alma santa.

¡Benditos sean los *Devas*! ¡Bendito sea Dios Nuestro Señor, Padre de todos ellos y de nosotros! ¡Bendito por Su constante Amor, que hace posible que a toda noche le suceda el radiante día, a toda hoja marchita, la gracia de los nuevos brotes! ¡A toda aridez, le espera una rosa, a todo invierno, se le regalan luego primaveras! El hombre es hijo inmaculado de la virtud, y cuando “cae”, cuando no se sienta como príncipe en su carroza de estrellas, es simplemente porque está buscando entre las sombras nuevas hebras de luz con las cuales tejerse un manto más luminoso todavía.

Hemos de vestir constantemente nuestros corazones de alegría; la tristeza no es sino quimera e impostura: todo el Reino de Dios es hijo de la Bienaventuranza, y todo es música y armonía sumas.

Hay algunas llaves que podemos tener para ingresar al Reino de los Cielos. Una de ellas es la lectura constante de los Textos Sagrados. Ellos higienizan nuestras mentes, y poco a poco nos vamos transformando en criaturas bellas a los ojos del Padre.

Otra de las llaves es *Satsanga*¹ espiritual, es decir, estar siempre en compañía de quienes santifican nuestras almas. Esta compañía es, por cierto, muy difícil de hallar. Quienes no logran encontrarla, pueden permanecer a solas con sus sagradas meditaciones. Es más conveniente el reino de la soledad que el del ruido disfrazado de “conversaciones amenas”, que no son tales, pues nada que no nos direcciona hacia el Ser, puede considerarse valedero.

La Realización Espiritual tiene lugar solamente dentro del corazón humano: ella no es hija de las discusiones, el intelecto desmedido, la mucha palabra, sino flor que se abre cuando el alma se halla pletórica de Amor por Dios, por Sus criaturas, por el Camino.

Hemos visto, en la vida de Pundalik, cómo, a través del Amor bien comprendido, puede una persona realizarse espiritualmente. Dios nos espera a la vuelta de cada esquina para darnos el abrazo inmenso que nos conduzca a Su Infinito. Pero hemos de llegar a Él envueltos en la pureza y la simplicidad. Eso es lo que cuenta.

¹ *Satsanga* es la compañía del Ser Divino —o *Âtman*— que mora en mí. No compartirme con los caprichos de mi ego personal, no seguir sus pulsiones y deseos. Esto último —si lo hago— me sumerge en *Mâyâ*, la ilusión del Tiempo-Mundo, y termina dándome conciencia tan sólo del mundo material.

Que nuestros pasos futuros puedan ser esos pasos divinos de los que retomamos para siempre la Senda de la Vida Verdadera.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
